

MARTÍN PIQUÍN II

CUANDO LA NATURALEZA LLAMA

Esteban Cabezas

ILUSTRACIONES DE **Alex Herrerías**



¡Hola, amigos! Me presento con ustedes: mi nombre es Martín Piquín.

Soy un niño casi normal con una familia poco convencional. Tengo padre y madre, un abuelo (con su perro minúsculo) y un par de hermanos. Yo estudio en la escuela República de Chile (como corresponde a un Piquín) y tengo dos amigos alucinantes: uno es Max, especialista en computación; el otro es conocido como el Piel, líder en el conocimiento de criaturas prehistóricas y temas de la naturaleza. Ellos y yo conformamos la banda musical Los Guacamoles, lo que podría llenarnos

de fama, pero usamos máscaras para que nadie conozca nuestra identidad (solo nuestros padres, el profesor de música, conocido como Lora, y nuestro amigo el Piñata).

El Piñata, nuestro nuevo amigo, es caso aparte. Por ser gordito, un grupo de abusones del salón conocidos como “Los muy salsa” lo convirtió en su presa. Pero gracias a nuestra ayuda musical y moral, tanto el Piñata como “Los muy salsa” descubrieron un nuevo y positivo lado de la existencia.¹ Después de esta aventura, mi vida volvió a la tranquilidad hasta que... Un día domingo dominical, cuando toda la familia Piquín, mi bella familia, estaba sentada en la mesa del comedor, listos para proceder con los antojitos, nos dimos cuenta de una ausencia inusitada. De una ausencia fósil.

—¿Y dónde está el Abu? —preguntó mi mamita.

—No sé —dijo uno.

—Yo tampoco —dijo otro.

—Menos yo —remató un tercer Piquín. Ese fui yo.

—¿Agú? —exclamó mi hermano menor, Agustín.

—¿Y dónde está Conan? —volvió a consultar mi mamá.

—¿Guau, guau? —intervino el Piquín más pequeño, remedando al miniperro de mi Abu.

—¡Todos a buscarlos, hombre y can, de inmedia-

1 ¿Ya conoces la historia de Martín Piquín y los buscapleitos de la escuela? ¡No te la puedes perder! [N. del E.]

to, operación de rescate! —exclamó el líder Piquín, mi papá, mientras nos dirigíamos todos hacia la puerta y, de allí, al descarnado y peligroso mundo exterior: la selva de asfalto.

Nos desplegamos como ninjas en el pasaje Tláloc, y avanzamos según las instrucciones y direcciones que mi papá nos iba dando. Estábamos en alerta roja: uno de nuestros miembros, el más viejo de todos, podía estar expuesto a un riesgo mortal. Es que está requete viejo mi Abu, y hasta un viento fuerte podría desplomarlo. Y Conan, su mascota personal, no estaba a salvo tampoco: es tan pequeño que ni a Chihuahua llega.

¿Se habrá perdido mi Abu en las calles de esta ciudad? ¿O se habrá insolado después de tanto caminar? ¿O acaso se le escapó Conan y se puso a buscarlo desesperadamente en las alcantarillas? ¿Y si algún extraterrestre los abdujo? ¡Pobre Abu! El tiempo pasaba lento, como en una película de acción, aunque todos corríamos por todas partes. Después de un buen rato, nos imaginamos lo peor porque creíamos que ambos —hombre y animal— eran débiles y desprotegidos.

¿Los habían secuestrado para hacer sopa con él o con su pequeño y molesto perro?

Hasta que se escuchó algo.

—¡Aquí apareció! —gritó mi hermano mayor, mientras traía al abuelosaurio en dirección a nuestra casa.

—Y ¿dónde estaba? —preguntó mi padre, hijo del fugitivo.

—En casa de la vecina nueva. O sea, la vieja. O sea, la nueva vecina vieja.

—¿Abu? —cuestionó lentamente mi papá.

—¿Hijoooooooo? —reaccionó mi Abu, lentamente, como despertando de un sueño.

—¿Dónde y en qué andabas?

—Estaba con Marisol, nuestra simpática vecina. Es muy simpática ¿ya te lo había dicho?

—Dos veces —dijo mi papá.

—Es que es muy, pero muy simpática. Fui a saludarla y me invitó a pasar a su casa. Nos tomamos una agüita de menta mientras le contaba algunas cosas de nuestro vecindario, como el hecho de que soy un gran vecino.

¿Débiles y desprotegidos? ¡Pero qué equivocados estábamos!

—Pero debiste habernos avisado adónde salías, ¿eh?

En ese momento mi Abu, que es arrugado como chile pasilla, se rejuveneció por completo en un abrir y cerrar de ojos. Fue impresionante, como un lifting del terror y, lo juraría, hasta se escuchó un rechinido parecido al que hace la piel de un tambor al estirarse.



Entonces levantó la vista hacia mi papá y con un tono algo *punk* subversivo que nunca le había oído, le dijo:

—Yo soy tu padre.

¿O sea que mi papá es Luke Skywalker de la *Guerre de las Galaxias*? ¿Y eso qué me haría? ¿Un Jedi Piquín? Suena interesante. Esperen... Mejor no, porque se habría quedado sin brazo y de mí quién sabe qué habría sido. Lo que sí es que bajó la vista frente a Darth Abu.

—Ok, papá. Perdón por la falta de respeto —dijo mi papá. No parecía muy convencido de su arrepentimiento, pero lo que es del Abu, al Abu—. Es que nos tenías preocupados, pensamos que algo malo te había ocurrido.

—Bien por eso, pero nunca olvides que alguna vez te cambié los pañales. Y vamos a comer de una buena vez, que me muero de hambre. ¡¡¡Conan!!! ¡¡¡Conan!!! —gritó.

—Guau.

Y entonces vino corriendo, desde lo lejos, esa mezcla de ratón y perro hacia mi Abu. Frenó en seco y se sentó frente a él, muy firme y esperando órdenes.

—Vamos a comer, compañero de andanzas.

Y los dos entraron como si nada hubiera pasado.

Mi papá seguía fingiendo reverencias hacia el más viejo Piquín, pero mi mamá optó por protestar como buena madre que es:

—Usted desaparece, nos deja a todos con los nervios de punta y ahora se hace el que no hizo nada. Y, dime, Joaquín —se dirigió a mi hermano mayor, no se despisten—: ¿qué andaba haciendo tu abuelo con la vecina?

—Yo creo que le estaba coqueteando, y creo que ella también porque le hacía sonrisitas y jugaba con los pocos pelos de su cabeza mientras hablaba con él.

¿Coqueteando? ¿Mi Abu? Será que... ¿estará enamorado? Bien extraño sería, porque está demasiado viejito como para andar buscando novia.

—¿Y dónde andaba Conan? —Mi madre seguía con su interrogatorio.

—Cortejando a una perrita, pequeñita igual que él, y que también es nueva en el pasaje —remató mi hermano—. Y vamos a comer, que muero de hambre.

II

Los almuerzos dominicales en la residencia Piquín (bueno, en nuestra casa algo maltrecha, pero llena de afectos familiares) se caracterizaban, usualmente, por el casi intolerable bullicio que se desataba mientras disfrutábamos nuestra comida. Pero esta vez reinaba un silencio que solo era roto por el tímido masticar de cada uno.

Ñam, ñam, crunch, crunch... Ñam, crunch...

Y así nomás.

Hasta que el silencio se rompió.

—¿Guau?

—¿Qué quiere mi adorado perrito? —preguntó, obviamente, el Abu.

—¿Guau?

—Ah, un poco de bistec para usted. Aquí tiene, mi estimado camarada.

El más silencioso de los silencios retornó a nuestro hogar por un rato, hasta que mi mamá abrió su boca.

Ella no le teme a nada, como buena madre que es.

—Oiga, Abu, ¿cómo es nuestra nueva vecina?

—Linda.

—¿Y además de linda?

—Muy linda.

—Ah, ya... ¿Y algo más?

—¿Ya dije que era linda?

—Sí.

—Ah, eso: es muy, pero muy linda. Y cocina rico, además —concluyó el abuelo. Luego, de su bolsillo sacó una bolsa y la colocó frente a él. Eran galletas (hechas por su noviasauria, seguro). Muchas. Y las comía con una enorme sonrisa en su cara. Cabe mencionar que ni una sola compartió.

Y después de esa declaración de amor fósil, seguimos comiendo en silencio. Mis papás tenían unas caras muy extrañas, como si fueran máscaras de antiguos guerreros: jaguares de palo y sin expresión.

Creo que estaban totalmente sorprendidos con la noticia de que el más viejo de los Piquín estuviera aquejado de ese sentimiento casi adolescente llamado “amor”. Y no solo él, al parecer. Porque el pedacito de perro que lo acompaña aparentemente

también se contagió, creo yo, de ese virus que hace suspirar y mirar hacia al cielo cuando se piensa en la persona amada.

Jamás habría pensado que mi Abu, lo más cercano a una momia que conozco, podría revitalizarse hasta el punto de parecer nuevamente un ser humano de verdad que respira y tiene líquidos dentro de su cuerpo.

Se trata de un milagro, como los que se prometen en los infomerciales que salen en la televisión a medianoche, aunque mucho mejor porque no hay que ingerir sustancias viscosas de dudosa procedencia ni ejercitarse ni nada.

Sin duda, es una de esas sorpresas de la naturaleza que no tienen explicación.

Aunque yo quiero buscarle una, porque me parece realmente extraño todo esto.